# EL PRESIDENTE CHIRAC, DIOS DE LOS POLINESIOS

Por Jorge Luis Marzo

Parece mentira hasta qué punto el mito y la política occidental han llegado a enhebrarse en nuestros días. En este planeta conquistado ya por los marcianos cotidianos del capitalismo, mitos, metas y destinos son tan realizables como ganar un partido de fútbol sin tener una pelota. Nuestra sociedad moderna –tan ufana últimamente por haber ahuyentado sus fantasmas más perversos– ya es capaz de ofrecer sin más problemas respuestas a las cuestiones más íntimas de aquellos pueblos que la antropología económica se ha permitido llamar "el tercer mundo". Y el último ejemplo visible –o invisible, dado que las cosas más evidentes siempre son un poco oscuras– lo encontramos en la decisión del presidente Chirac de reanudar finalmente, contra viento y marea, las pruebas nucleares en el Pacífico. El presidente francés está a punto de colocar una piedra más –la última, quizás– en el devenir teleológico de los pueblos de la Polinesia, en el Pacífico Sur. (¿Sabrá esto el presidente Chirac?). Se trata, sin duda, la acción atómica, de un hecho que ayudará a aquellas alejadas comunidades locales a decidir si quieren seguir interesados en proseguir con sus cultos y el camino que ellos mismos se han trazado como destino. Expliquémonos.

La aparición del hombre blanco en la Melanesia y la Polinesia supuso lo que en tantos otros lugares durante la expansión europea por todo el orbe a lo largo del siglo XIX: confrontación de culturas, extorsión, deportaciones, "misionería", conculcación de aquellos modos otros que no se ajustaban a la jerarquía de valores propia de comerciantes holandeses, ingleses, franceses, alemanes, australianos, norteamericanos, españoles, etc. Todos reconocemos a la primera lo que pasó, lo que les pasó a tantos pueblos que se vieron sometidos a unas reglas ajenas, extraterrestres, basadas fundamentalmente en la ley del trabajo y de los beneficios del hombre blanco, el ser que trae y extrae las mercancías. Sin embargo, en el Pacífico Sur, el impacto cultural cobró unas connotaciones específicas que nos obligan a repensar algunas características propias de lo que significó la huella dejada por la cultura europea en el sentimiento colectivo religioso de estos pueblos y lo que generó en su subconsciente popular durante este siglo de milagros consecutivos. Peter Worsley, antropólogo británico, recogía

que los cambios acaecidos en las Islas del Mar de Sur durante y tras la Segunda Guerra Mundial se habían producido "con tal concentración y con un efecto tan devastador que se pueden describir los resultados, de modo justificable, como revolucionarios".

En 1957, Worsley publicó un estudio -hoy ya clásico- sobre la influencia de la cultura mercantil europea en el desarrollo religioso, y por ende político, de los pueblos de la Melanesia (*Al son de la trompeta final*, Siglo XXI, 1980). Siguiendo estudios previos, voces nativas y documentación administrativa colonial, Worsley llegaba a una conclusión final: los cultos aparecidos en aquella zona durante todo el siglo XX están en directa relación con la idea de un retorno futuro de todo aquello que el hombre blanco había extraído de las islas. No obstante, así visto, no parece ser algo muy ajeno a lo que otros pueblos del mundo habían desarrollado en sus teologías, una vez percatados de la ingominia en la que les habían postrado los usos occidentales. Los nuevos cultos del Pacífico Sur iban parejos a la pérdida de identidad local, lo que en realidad, iba a comportar un aumento del nacionalismo autóctono.

Esos cultos son llamados por los propios nativos, cultos "cargo" (cargamento de mercancías, en inglés). Resumiendo, estas profecías, muy extendidas sobre todo en las Islas Salomon, Nuevas Hébridas, Gilbert, Nueva Guinea y las Islas de la Sociedad, señalaban que en un día aparecería en el horizonte un inmenso barco de hierro o un gigantesco avión que traería el espíritu de los antiguos antepasados, a quienes se supone blancos, y grandes cantidades de "cargo" para su distribución entre la gente, con multitud de material diverso. La historia del culto "cargo" comienza aproximadamente hacia 1885 en las islas Fidji, extendiéndose rápidamente al conjunto de la Melanesia.

El culto "cargo" reproducía con violencia cultural, no exenta a veces de violencia física, el hecho de que los nativos jamás habían tenido acceso a los productos occidentales ni a los beneficios de las minas, plantaciones o construcciones en las que participaban como mano de obra barata al servicio de compañías europeas. Se deseaban esos productos y mercancías, la capacidad del hombre blanco de producir ingentes cantidades de cosas mientras subterráneamente crecía la sensación de alienación, dada la falta de acceso a esos mismos beneficios y medios de producción.

No han faltado durante este siglo momentos en que los nativos melanesios y polinesios llegaron a creer que finalmente había llegado el ansiado momento del retorno del "salvador", con el consiguiente maná. Con la aparición en los años 30 de los primeros aviones en la zona, el efecto entre la población fue de un tremendo impacto. J.L. Taylor, uno de los primeros exploradores de las montañas de Nueva Guinea, describía así la visión ante el aprovisionamiento aéreo: "A cada momento, la máquina lanzaba al claro arroz, harina, hachas y bienes de todo tipo que caían violentamente a tierra. La población local permanecía sentada con temor y admiración, con los ojos abiertos de par en par ante la visión. Para ellos, el avión era un mensajero de los cielos que traía comida a los espíritus que habían sido abandonados. Algunos viejos nos decían por señas que estaban listos para partir con nosotros a nuestro mundo de arriba" (Worsley, 287). La gente, al ver salir a los blancos de la "panza" del enorme pájaro creían que eran reencarnaciones de los espíritus de los muertos. Evidentemente, se fueron percatando de la poca verosimilitud de tales apariciones. Durante la Segunda Guerra Mundial, el mito del retorno de un nuevo Salvador fueron estimuladas por la visión del material de guerra que el Ejército norteamericano traía consigo. Tras el ataque del ejército americano a Biak en 1944 –recibido por los lugareños "con enorme consuelo y alegría" a la vista de la abundancia de medios–, y en consonancia con la profecía, barcos y lanchas de desembarco de todo tipo vaciaron su cargamento en las playas. Cuando se empezaron a levantar los almacenes para albergar la enorme cantidad de material necesaria para la moderna vida militar, ello se tomó como muestras evidentes de las futuras riquezas. Luego, un día la gigantesca base se desmanteló. El único vestigio restante en la vida y mente de los nativos fue el teléfono, la "radio", medio a través del cual los chamanes se ponían en contacto con la divinidad.

Ante el conocimiento por parte de las potencias occidentales de la existencia de este tipo de cultos, nos podemos hacer una idea de lo suculento que para algunos sería la posibilidad de "incidir" en estas comunidades, diseñando lo que podría ser la realización del "mito"; unos cuantos aviones que se dedicaran a lanzar sobre las islas del Pacífico Sur montones de material supuestamente acorde a la idea que del mito se tiene en los centros administrativos metropolitanos. Quien sabe si alguien no habrá pensado ya en

lanzar ingentes cargamentos de hamburguesas, gorras de los NY Nicks o Chupa-Chups sobre las playas, o descargarlos en las pistas de aterrizaje que pensando en la parusía final muchas comunidades han construído, aunque haga ya años que todas estas marcas estén por las esquinas de los principales pueblos isleños.

Pues bien, dentro de este contexto, podemos hacer también un ejercicio de imaginación a fin de ver lo que supondría ya en los años 60 para los pueblos nativos, el ver o tener conocimiento de las pruebas atómicas que Francia empezó a realizar en la zona una vez que el desierto argelino ya no era el lugar apropiado. Del cielo, venía una gran bomba que arrasaba todo lo que encontraba, incluyendo el futuro biológico del lugar. Que alguien diga que las bombas que se han hecho estallar allí no han sido lanzadas sino que se emplazan bajo tierra es un hecho meramente circunstancial, pues todos sabemos que la "bomba" está pensada para enviarla por el aire. Al fin y al cabo, la "bomba" siempre responde a la retórica imperativa del anonimato divino, de la misma manera que ejércitos enemigos se lanzan entre ellos octavillas amenazantes en los que siempre aparece la benevolencia y el perdón.

Así pues, el presidente Chirac, quien desconocemos si lo sabe o no, se erige como el nuevo y más último Salvador de aquellas gentes tan exóticas. Con toda firmeza y seguridad moral, Francia lanza su "cargamento" como si pensara que así va a devolver el espíritu de los antepasados polinesios y de paso, introducir aquellas remotas tierras en el círculo privilegiado de la tecnología y el conocimiento de la más desarrollada ciencia marciana. No deberíamos ver esto sólo como una metáfora. No en vano, el primer ministro galo, Alain Juppé, ha dicho que en 1997 el atolón de las Mururoa y su zona limítrofe se destinarán a zona turística: el último "cargo" para después devolver a la gente lo que es suyo… bueno, lo que parece ser de todos, según las palabras de Juppé. No es de perogrullo recordar que cuando se colonizaron aquellas tierras, se concebían como patrimonio de todos, con derecho libre de pernada y posada. Decir que las islas atomizadas van a ser turísticas, no deja de esconder un profundo aroma colonial, mezclado con la benevolencia propia del Mesías, sabedor de la capacidad de mitificación que por su situación le corresponde.

Tampoco convendría dejar pasar de largo los comentarios de los mismos jefes polinesios con respecto a la presencia de los barcos ecologistas en la zona.

Ciertamente, éstos no son los barcos que traen el "cargo" como reparación divino-histórica, sino simples occidentales embarcados en una lucha moral que, aunque legítima y saludable, no deja de ser "occidental". De la misma forma que la psiquiatría clásica ha dicho que "cuando un loco se queja es porque está loco", obviando la legitimidad de la propia queja, Francia y también los ecologistas vienen a decir que las críticas de los nativos se producen porque son nativos poco conscientes de lo que supone las supuestas ventajas o las terribles tragedias de una bomba atómica.

Con la mayor impasibilidad e imperturbabilidad, el presidente francés está a punto de mostrar a los polinesios, de nuevo, y con toda la claridad posible, la respuesta a la solución del culto "cargo": un cargamento que se llama, en definitiva, muerte. Muerte física, biológica, humana, y muerte cultural en nombre del despotismo ilustrado de una ciencia basada en valores marcianos, galácticos que un día aterrizaron en las playas dónde se quedaron para siempre.

Este "cargo definitivo" impulsado por la presidencia francesa (aunque hace ya más de 30 años que viene cayendo) pone, a su vez, en entredicho la fuerza final de este tipo de culto local. Muchos se han preguntado cómo es posible que los nativos no se hubieran desengañado aún de su propio mito a la vista de los múltiples ejemplos (y sus resultados) que la cultura blanca brutalmente les ha brindado, especialmente durante y después de la guerra. No es aquí el momento de explayarnos en detalles. Sólo apuntar lo que antropólogo Firth señaló en 1951: "Buscan su solución en una proyección imaginaria. Pero la refuerzan mediante un trabajo complicado. En cierto sentido, pues, el trabajo no es inútil. Es por sí mismo parte de la satisfacción que se busca. Es parte de la validación simbólica que se da a la idea de que las cosas deseadas son moralmente justificables. Parte del mensaje de la pista de aterrizaje o del muelle del "cargo" para el observador es: 'Lo que deseamos es justo'. Es parte de una afirmación de las reivindicaciones de los nativos, de su solidaridad comunitaria, de sus valores, ante lo que se concibe como un mundo externo hostil, despiadado e impasible". El gobierno francés, con su inapelable decisión, pudiera acaso inmiscuirse directamente en el destino de una tierra lejana al introducir la idea de que el "cargo" -en su última modalidad termonuclear- es, a la postre, algo no especialmente deseable, y por lo tanto, en cierto sentido, moralmente injustificable. Los polinesios, al decir, "lo

que deseamos es justo" apelan a un concepto de intercambio histórico; cuando Francia alega lo mismo, subraya únicamente el aspecto omnipotente de la divinidad: "tenemos la obligación de dar, incluso aunque no se quiera recibir".

Las profecías acerca de un avión o de un barco que traería todos los bienes occidentales que los nativos ayudaron a conseguir en sus propias tierras pueden desgraciadamente cumplirse gracias al designio de alguien al frente de un país civilizado que ha decidido, una vez más –la última, dicen, con sorprendente adecuación a la profecía– convertirse en Dios. Después, un parque de atracciones monstruosas tomará el lugar. Y entonces, vaya usted a saber, la gente desarrollará de nuevo el mito, sólo que ahora ya no se esperará la llegada de los antiguos antepasados sino de los peces, corales, árboles y playas que el hombre blanco se llevó consigo, cuando aparecieron en el cielo o a través del temblor del agua y de la tierra aquellas formidables y tremebundas mercancías espaciales con caprichosas forma de hongo.

Todo parece indicar que el presidente Chirac, sentado en la cabina de mando de su ultramoderna nave espacial, no es capaz de conectar con la frecuencia de radio que los chamanes utilizan para hablar con Dios. Extraña paradoja, cuando Dios siempre lo ve y lo sabe todo.